

Un primer acercamiento a los desafíos y nuevas posibilidades que se presentan a los educadores/as en un mundo global.

Educar en tiempos de globalización

Julio Luis Martínez
Universidad Pontificia de Comillas

El siglo XXI comienza con desafíos impetuosos y tremendos que por todas partes se relacionan con una palabra que se ha puesto de moda: la globalización. Aunque parezca que ya ha pasado muchísimo tiempo, hace apenas doce años que cayó el Muro de Berlín. Fue en 1989 y desde entonces se han ido sucediendo imparablemente una serie de acontecimientos que ya forman parte de la historia de la Humanidad y que están marcando de manera decisiva la marcha de nuestro mundo. El mundo ha cambiado y el término que nombra el cambio es el de globalización (el vocablo que prefiere el mundo anglosajón) o mundialización (más del gusto francófono). Ambas palabras (en castellano, generalmente se utilizan como sinónimos) han pasado a ser de uso común ya no sólo en los ambientes académicos sino en los medios de comunicación y en el vocabulario de cualquier persona bien informada.

La globalización provoca reacciones encontradas. Unos ven en ella la mayor oportunidad de los últimos años para llevar la cooperación mundial, la solidaridad y el bienestar global hasta los puntos más recónditos del planeta y ponerlos a disposición de todos los hombres. Otros –por ejemplo, los diversos grupos del *Movimiento Antiglobalización* que tanto ha dado que hablar– alertan contra las múltiples amenazas que vienen del darwinismo



P. J. Ruiz

social a nivel mundial y una cultura mundial uniformizada. Para mucha gente en los países industrializados esta palabra representa aumento del desempleo, desintegración social y destrucción del medio ambiente, por la competencia de los países del Tercer Mundo o los de Europa del Este. A esto se le suma en muchas regiones del mundo el temor a un imperialismo cultural occidental, que engulla a otras culturas.

Después de los atentados del pasado once de septiembre no es que los temores de unos y las esperanzas de los otros se hayan evaporado, lo que ocurre es que han pasado —al menos temporalmente— a un segundo plano frente a la centralidad que ha adquirido el miedo a una amenaza global del terrorismo internacional de cuño islamista y la respuesta contundente que contra él se está administrando. Después de los últimos acontecimientos, se diría que la globalización ha dado un salto, haciendo patrimonio común de todos (también de los que vivimos en los países ricos) el miedo, el terror y la vulnerabilidad.

En cierto sentido, la globalización (y los términos de su familia léxica) ha adquirido carácter de talismán. Se utiliza para todo —se habla de *la moda global*, *la guerra global*, *la economía global*, *la amenaza global*, *el asesinato de alcance global*, etc.—. Lo explica todo, incluso más de lo que debe, porque no todos los desarrollos económicos juzgados negativamente desde el punto de vista de los afectados, se deben siempre a la globalización; en ocasiones la causa principal está en factores internos como estructuras de producción desfavorables, un sistema político y administrativo deficientes, un gobierno mal dirigido o medidas económicas, sociales y políticas inapropiadas, cuyos efectos negativos —eso sí— a menudo se acrecientan considerablemente a través de la globalización. Y no



P. J. Araoz

sólo se usa para todo y lo explica todo, sino que al hablar en tales términos damos por hecho que todos nos entendemos, suponiendo acaso más de lo debido.

Todas estas circunstancias hacen aún más vital la necesidad de conocer los elementos que entran en juego, así como las oportunidades y peligros de la globalización. Sólo así habrá esperanza de que este proceso polifacético y dinámico se oriente en el sentido de la justicia humana, de que podamos pensar seriamente cómo afecta a nuestras vidas y a la de las personas cuya formación tenemos encomendada y proponer las renovadas respuestas que se requieren de los educadores y los métodos educativos, en este nuevo escenario mundial.

Clarificando términos

Globalización no es lo mismo que internacionalización y transnacionalización; Mientras que *internacionalización* describe aquellas relaciones que aumentan la permeabilidad de las fronteras nacionales, sin poner en duda al mismo Estado nacional, y *transnacionalización* se refiere a procesos por los cuales surgen instituciones como las Naciones Unidas, o la Unión Europea o actores como empresas transnacionales (las cuales trascienden a los ordena-

mientos estatales nacionales), la *globalización* se refiere a la concentración y aceleración de interacciones internacionales, que interconectan en mayor o menor grado a individuos, instituciones y Estados, formando un sistema complejo de dependencias recíprocas, a menudo, desequilibrantes. Punto de referencia primario de este escenario ya no son los Estados nacionales cuyos ámbitos de acción son restringidos, sino el mundo como un todo.

La globalización es un proceso complejo de dimensiones económicas, ecológicas, judiciales, socio-culturales y políticas, que se hallan en interacción. En realidad, sólo comenzamos a entender la dinámica del proceso de globalización cuando nos hacemos conscientes de estar ante un proceso plural. Plural en sus factores y dimensiones, y plural en los ritmos y rumbos diferentes que tiene en cada uno de los países y zonas del único y solo mundo.

Desde luego, la globalización nos pone delante un nuevo marco económico. Economía, mercados financieros y tecnología operan continuamente más allá de regulaciones estatal-nacionales. La economía mundial manejada por empresas transnacionales a lo cual se suma la liberalización (mucha total) del comercio mundial. La

experiencia de una economía globalizada en la que el capital fluye a través de las fronteras nacionales, en la que las factorías cambian de emplazamiento buscando la mano de obra más barata y en la que el capital financiero especula para obtener las mayores ganancias forma parte de las noticias de cada día. Ahora bien, unido estrechamente al vector económico de la globalización hay todo un enorme proceso de propagación de concepciones occidentales de valores y modelos a través de las nuevas tecnologías de las comunicación y la información (TIC), de los intercambios de productos y del turismo internacional, que ha disminuido las diferencias culturales entre las regiones mundiales y despertado expectativas que en muchos casos son caldo de cultivo para la frustración, el odio o el resentimiento de los que ansian algo sin ser correspondidos.

¿Hay algo nuevo bajo el sol de la globalización?

En los tres volúmenes de su monumental obra *La era de la información*, Manuel Castells proporciona un caudal arrollador de información e ideas en apoyo a una respuesta afirmativa a esta pregunta. Los chips y los ordenadores, las telecomunicaciones ubicuas y móviles son nuevas; la ingeniería genética; los mercados financieros globales, integrados electrónicamente, que operan en tiempo real; y la economía capitalista interconectada que abarca todo el planeta y no sólo algunos de sus segmentos; la ocupación de la mayoría de la mano de obra urbana en el procesamiento del conocimiento y la información en las economías avanzadas; una mayoría de población urbana en el planeta; la desaparición del imperio soviético y del comunismo, así como de la guerra fría; el ascenso del Pacífico asiático como socio paritario de la economía global; el desafío general a la familia patriar-

cal; la conciencia universal sobre la conservación ecológica; el surgimiento de una sociedad red, basada en un espacio de flujos y en un tiempo atemporal; y la globalización del miedo y la vulnerabilidad como lo son las formas de respuesta al terrorismo transnacional.

Un fenómeno paradójico: nuevas posibilidades al lado de grandes inseguridades

Sin embargo, conviene no quedar obnubilados ante tanta novedad, porque la globalización es una realidad enormemente paradójica. Creó esperanzas de lograr mayor bienestar para todos, también para los más desfavorecidos de los países del Sur, mediante un eficiente aprovechamiento de recursos limitados y la generación de bienes baratos que pudiesen beneficiar a los pobres, pero acaba generando aun más injusticias y más agudas desigualdades. Promueve una creciente liberalización del comercio, pero bajo su manto protector se favorece una política de migración muy restrictiva, que permite a los pobres del Sur buscar trabajo de acuerdo con la conveniencia del Norte. Las promesas relacionadas con la globalización no deben silenciar la otra cara de este desarrollo que tiene costos sociales y ecológicos muy fuertes y que genera algunos ganadores y bastantes más perdedores. Ciertamente se trata de un fenómeno que merece especial atención por parte de la ética social.

Toda una lista de inseguridades tienen su caldo de cultivo en la globalización: volatilidad financiera e inseguridad económica; inseguridad social, tanto de los países pobres como en los ricos, que proviene del desmantelamiento de las instituciones de protección social ante las exigencias de las políticas de ajuste estructural; inseguridad en materia de salud pues se transmiten enfermedades como la tuberculosis

por el aumento de los viajes y la migración; inseguridad cultural que, a través de las redes mediáticas mundiales y las tecnologías de comunicación por satélites, hace llegar a *Hollywood* hasta las aldeas más remotas, poniendo en riesgo la diversidad e identidad cultural; inseguridad personal porque todos los adelantos tecnológicos y en los intercambios no sólo para los libros y las semillas sino además para el dinero sucio y las armas; a la inseguridad ambiental que amenaza la supervivencia del planeta y menoscaba los medios de vida para cientos de millones de personas; si un quinto de la población mundial que vive en los países más ricos consume el 84% del papel del mundo, ¿qué pasaría si su uso se generalizase?

Enormes desafíos

El reto importantísimo está en no detener la expansión de los mercados mundiales, consiguiendo al tiempo instituciones y normas de gobernanza más fuertes, en los planos local, nacional, regional y mundial, que puedan intervenir en asegurar la competencia leal y justa a escala mundial y tenga algún poder para la distribución equitativa de las ventajas de los mercados; toda vez que la mera producción no es suficiente sin una justa competencia y distribución.

Si hay una cosa que se hace particularmente clara es que el rol y las funciones de las naciones-estado ha cambiado en este nuevo contexto. No es cierto que haya desaparecido, o que en el horizonte esté cercana la pérdida de todo su poder, pero sí que han perdido el control sobre los sectores y decisiones clave de la economía: sobre las corporaciones transnacionales, los precios sobre las materias primas, los flujos de capital o de la información económica, incluso sobre sus propias monedas. Un poder de gobernanza mundial fuerte es imprescindible porque la globaliza-

ción económica (que es sobre todo globalización financiera) es ciega ante los espacios humanos donde los recursos comunitarios y ambientales se puedan preservar a favor del bien común internacional.

Que la globalización es un hecho y no una ensoñación está fuera de razonable duda; que sea irreversible forma parte de la opinión común, incluso entre los denominados movimientos anti-globalización, pocos hay que se opongan frontal y radicalmente a ella o que consideren viable un escenario mundial en el que se pueda prescindir de los vectores que señalan en la dirección del único mundo. Es un hecho no ajeno a fenómenos como el colonialismo y el imperialismo, tampoco a la existencia de enormes desigualdades económicas y sociales; un hecho, en fin, que no cabe poner a margen de la ética.

Lo que toca a los educadores

Una tecla fundamental para hacer sonar la esperanza es la educación. La educación se sigue presentando (por ejemplo, en los últimos *Informes para el Desarrollo Humano* o los documentos de la UNESCO) como un medio fundamental, incluso el medio privilegiado, para que el desarrollo en el marco de la globalización pueda llegar a todos.

La educación tiene la noble tarea de estimular a cada uno —de acuerdo con sus tradiciones y convicciones, respetando plenamente el pluralismo— a elevar su mente y su espíritu al nivel de lo universal y, en cierta medida, a trascenderse. No es en absoluto exagerado afirmar, por parte de la Comisión, que *de esto depende la supervivencia de la humanidad*¹.

Ante este tipo de afirmaciones a uno fácilmente le asalta la duda o sospecha de si se trata sencillamente de expresiones voluntaristas sin fundamento ni alcance real, o por el contrario responden a

posibilidades humanas efectivas aunque poco desarrolladas. Surgen preguntas como: ¿Es posible una educación humana integral en un contexto de globalización de la economía, de cambios en la mentalidad de las personas, de creciente desigualdad y marginación de pueblos y de grupos sociales dentro de naciones? ¿Podemos aspirar, con sentido, al cambio social? ¿La solidaridad o la educación en

todo en los docentes que son educadores. Serán algunos temas entre otros posibles y de no menor calado, y tendrán más el estilo de pistas abiertas para pensar que soluciones o recetas, porque no hay recetas mágicas ante los nuevos y tremendos desafíos de esta encrucijada tan difícil e "interesante" en la cual, querámoslo o no, nos está tocando vivir. Como remate de esta parte adelanto aquí



valores que pedimos no son dimensiones generosas y bellas e irrelevantes desde el punto de vista de la mundialización? ¿En el marco en que nos movemos tiene algo que decir la educación para formar personas que vivan humanamente en el nuevo escenario o los medios tecnológicos y económicos que posibilitan la nueva realidad son tan potentes que lo único que podemos es dejarnos llevar?

En un próximo artículo, que aquí anunciamos como continuación del presente, tendré la oportunidad de ofrecer algunas reflexiones sobre varios aspectos que me resultan especialmente importantes. Lo haré como persona dedicada a la ética, y pensando sobre

los epígrafes que organizarán las ideas sobre las que pronto centraremos la atención.

- ✓ La educación es una tarea ética: "aprender a ser".
- ✓ Captar la complejidad de lo real, sin desmoralizarnos.
- ✓ Educamos en una cultura de la virtualidad real
- ✓ Prácticas educativas para formar el carácter de las personas.
- ✓ La importancia de la sensibilidad. ■

¹DELORS, J. (coord.), *La educación encierra un tesoro*, Unesco, Santillana, Madrid 1996.